

EL LIBERALISMO COLOMBIANO

-Esplendores y miserias de una corriente política tradicional, anclada en un anacrónico sistema señorial-hacendatario-

“El país ha cambiado, pero su sistema de conducción política no: el sistema bipartidista se mantiene en pie con sus instrumentos de poder, su régimen de patriciado, sus tendencias hegemónicas, sus clientelas, sus mecanismos de exclusión y de sectarización, para la guerra y para la paz”.

Antonio García

Hace precisamente 40 años, el 26 de abril de 1982, falleció el maestro Antonio García. Poco antes de su muerte, en noviembre de 1981, había publicado su libro: “¿A dónde va Colombia? -De la república señorial a la crisis del capitalismo dependiente-”. En dicha obra el maestro hace un pormenorizado recuento de los ciclos históricos que ha tenido Colombia como una república señorial, heredera del viejo sistema de dominación hispano colonial que, bajo los lineamientos establecidos por una aristocracia latifundista, proveniente de los antiguos colonos, encomenderos y generales enriquecidos de la “independencia”, enclaustró al país bajo una ideología conservadora, confesional, escolástica y aislada de toda comunicación con el mundo exterior, lo que le haría imposible toda interacción con las tesis e ideas de la modernidad, incluidas la ideología y las propuestas del liberalismo que, finalmente, fue admitido pero adaptado de una manera desnaturalizada y descompuesta.

Este regresivo modelo de República Señorial, legado por la conquista y la colonización española, sería continuado con posterioridad a las guerras de independencia y, peor aún, cobraría mayor fuerza y dimensión a partir del gobierno de la llamada *Regeneración*, instaurado por Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez a partir de 1885. Se ha caracterizado dicho modelo gubernamental por el establecimiento de un Estado hermético, centralista y autoritario, que históricamente ha implantado la transmisión dinástica de su hegemonía política entre las grandes familias liberales y conservadoras.

Contra ese sistema colonial hacendatario impuesto por el maridaje entre la Corona española y la jerarquía eclesiástica del catolicismo; “*contra ese*

estado nacional de hermetismo -dice el maestro Antonio García- se desataron en los siglos XVIII y XIX tres grandes alzamientos revolucionarios: la insurrección de los comuneros en 1781, la primera ruptura del sistema hispano colonial de dominación; las guerras de independencia, en su fase de formulación de un nuevo proyecto político y de inequívoco enfrentamiento al patriciado esclavista de la colonia neogranadina; y la revolución de las Sociedades Democráticas, que cubrió un tenso proceso de cuatro años de luchas por una profunda reforma del Estado señorial, a partir de 1850”.

Esos tres grandes levantamientos populares contra la estructura del régimen señorial fracasaron, quedando para la historiografía colombiana como unas enormes frustraciones de los intereses populares, como unas ingenuas “revoluciones inconclusas”, carentes de alcances estratégicos y de fortalecimiento de una auténtica “democracia”. No obstante, estos ensayos marcarían, señalarían, la proyección de las confrontaciones y la lucha de clases entre los rancieros sectores de las castas hegemónicas y los grupos o movimientos populares, a lo largo de los siglos XIX, XX y lo que va corrido del presente siglo.

Con el fin de la gesta libertadora de Simón Bolívar, llegó la constitución de esa República Señorial y la instauración de la comedia “democrática”, establecida a sangre y fuego por el patriciado liberal-conservador, con sus “intelectuales”, sus clérigos, sus militares, sus burócratas y sus clientelas, dispuestos siempre a cumplir los roles prefijados en el tinglado de la farsa de la “participación”, que siempre ha excluido a los indios, a los negros, a los mulatos, a los mestizos y a otras gentes “de color” y condición contradicha, quienes sólo han servido a ese patriciado como esclavos, terrazgueros, peones y conscriptos, primero para sus interminables guerras, y luego para sus convocatorias electoreras...

Las estructuras del poder de dicha aristocracia latifundista se mantuvieron hasta 1849, cuando aparecen en la escena política nuevos actores: la ascendente burguesía de comerciantes y banqueros, las movilizaciones de artesanos y una nueva clase media, que entrarían a cuestionar la sociedad tradicional y los viejos privilegios. Estos nuevos sectores, aglutinados en las Sociedades Democráticas, impulsaron, balbucientemente, las nacientes ideas liberales que exigían una seria

apertura hacia el reconocimiento del individuo como sujeto de derechos, como lo proclamaba la doctrina liberal presente ya en la “*Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*” de la revolución francesa de 1789, y que en Colombia, desde su traducción y publicación clandestina realizada por Don Antonio Nariño en el año de 1793, constituían simplemente un referente artificioso, retórico y ampuloso. Ideas como la confrontación a las formas clericales y absolutistas de gobierno, la liberación de los esclavos, la abolición de los ejércitos permanentes, la limitación y control sobre la propiedad señorial y hacendaria, las libertades de opinión y prensa, y la exigencia de la universalización del sufragio, empezaron a erigirse como justos reclamos populares.

A mediados del siglo XIX afloraría, pues, junto con la ambigua creación del Partido liberal colombiano -fundado por Don José Ezequiel Rojas Garrido en el año de 1848- el cual, desde sus orígenes, contenía, tanto fracciones de las clases pudientes y explotadoras, como expresiones de los diversos sectores populares con sus nuevas formas de conciencia política, muy contrarias a las del régimen tradicional, absolutista, confesional y sectario, instaurado por las oligarquías latifundistas y que una buena parte del partido liberal continuaría respaldando.

Las Sociedades Democráticas, logran enfrentar a la oligarquía establecida: “*En 1853 -anota Antonio García -existían 114 Sociedades Democráticas, desafiando el poder de la aristocracia latifundista y originando una división estructural del liberalismo entre izquierda revolucionaria o populista y derecha alienada a las corrientes ideológicas sustentadoras del statu quo*”. Así, en abril del año 1854 el general, de ascendencia indígena, Manuel María Melo, derroca el gobierno de José María Obando -cofundador del partido liberal-. Este levantamiento popular generaría la primera alianza contrarrevolucionaria liberal-conservadora, entre dos generales de la aristocracia esclavista y señorial, Tomás Cipriano de Mosquera -liberal- y Pedro Alcántara Herrán -conservador- (este tipo de “alianzas” serían abiertamente reiteradas, a partir de entonces, en el sainete de “democracia” montado por el bipartidismo en Colombia).

Luego del aplastamiento militar de las Sociedades Democráticas, el ala popular del partido liberal persistiría, infructuosamente, en su lucha por romper, o siquiera modificar, esa hegemonía señorial. Es así como la

Constitución Política de 1863, o Constitución liberal de Rionegro, otorgó plenas libertades individuales y garantías sociales a los ciudadanos -que ya no serían asumidos como simples súbditos o feudatarios.

Las más de 40 guerras civiles nacionales y regionales, promovidas por la aristocracia latifundista, bajo banderas liberales o conservadoras, que se libraron en Colombia en un lapso de 50 años -entre 1851 y 1902- sentarían finalmente, las bases estructurales del régimen autoritario y contrarrevolucionario que, disfrazado de “democracia”, desde entonces padecemos.

Los gobiernos del llamado “Olimpo Radical” -1863-1886- , establecidos después de la guerra civil acaecida entre 1860 y 1862, lograron impulsar algunas reformas económicas, sociales, políticas, judiciales y culturales en favor de las clases populares, lo que, de alguna manera, lograría airear el ambiente, buscando, inútilmente, morigerar un tanto el omnímodo poder de las castas dinásticas de la República Señorial.

Luego de la muerte de Don Manuel Murillo Toro, llamado “el Padre del Olimpo Radical” en 1880, y habiendo llegado al poder Rafael Núñez, tráfuga de las ideas del liberalismo radical, y después comprometido con la aristocracia latifundista conservadora y con el más rupestre y retardatario confesionalismo, junto con el fanático católico-conservador Miguel Antonio Caro, se declaró el fin de la Constitución de 1863 y del Olimpo Radical y se impuso, de nuevo, mediante otra “alianza” de las élites liberal-conservadoras, un gobierno autoritario, despótico y clerical que pretendió el restablecimiento del régimen autoritario y colonial español.

El golpe de Estado realizado por Núñez, Caro, los conservadores, los militares y la Iglesia Católica, instauraría definitivamente ese sistema político autoritario y contrarrevolucionario que aún perdura, y que ha tenido *“el objeto estratégico de desarticular y aplastar sistemáticamente las fuerzas sociales y políticas con algún potencial reformista o revolucionario...”*

Las aristocracias latifundistas y la lumpen burguesía empresarial, liberal-conservadora, tanto las de aquellas épocas, como las de ahora, siempre han promovido, abierta o veladamente, las guerras civiles, los enfrentamientos y la manipulación de los sectores populares que,

sumisamente acatan ese direccionamiento. A partir de aquellos tiempos ha existido, también, una corriente de dignidad que, bajo el mando de dirigentes auténticamente democráticos y revolucionarios han defendido, desde la soledad de la oposición, los principios liberales e incluso socialistas que, desde las primeras décadas del siglo xx circulan en Colombia.

En medio de estas dos fuerzas opositoras se encontraban las masas de campesinos, indígenas, negros, mulatos y mestizos, enajenados mediante lealtades personales a los caciques y gamonales regionales, que les arreaban como reses al matadero, en las diversas contiendas y a favor de cualquier causa, tal como aconteció con la llamada guerra de los mil días que se realizó entre octubre de 1899 y noviembre de 1902, y que enfrentó a peones y campesinos en representación de esos grupos hegemónicos.

Como lo plantea Álvaro Tirado Mejía en su conocido texto *“Colombia: siglo y medio de bipartidismo”*: *“El siglo XX se inicia en Colombia con dos hechos determinantes: La guerra de los Mil Días y la separación de Panamá (1903). La Constitución de 1886 había restringido los derechos y garantías individuales consagrados en las constituciones anteriores y los gobiernos de la Regeneración, en la práctica, los hicieron nugatorios. La prensa de oposición fue sancionada o clausurada; hubo destierro y cárcel para los oponentes y el sufragio, ya restringido en la Constitución de 1886 a los alfabetos con patrimonio económico, en la práctica se reservó para el partido de gobierno”*.

La separación de Panamá fue una acción imperialista del gobierno estadounidense, interesado en la construcción del canal y contó con el apoyo de la oligarquía colombiana, liberal-conservadora, que propició la separación, tras algunas ventajas y gabelas. Los gringos no sólo alentaron la formación de la artificial República de Panamá, sino que expropiaron para su usufructo la llamada zona del canal.

Tanto la llamada “Regeneración”, como la guerra de los mil días, con toda la vesania y barbarie, política, militar y religiosa que demostraron, no culmina con el aplastamiento de los revolucionarios liberales, sino que *“logró instalar una impronta de odio, irracionalidad y violencia en las relaciones políticas y sociales de los colombianos, que aún no logramos superar”*.

Entre 1886 y 1930 se cumplieron los gobiernos de la llamada hegemonía conservadora. Los presidentes de esta etapa fueron:

José María Campo Serrano (1886-1887) -Abogado y militar-
Eliseo Payán (1887) -Abogado y militar-
Rafael Núñez (1887-1888) -Abogado, poeta y militar-
Carlos Holguín Mallarino (1888-1892) -Abogado, empresario y militar-
Miguel Antonio Caro (1892-1898) -Gramático y poeta-
Manuel Antonio Sanclemente (1898-1900) -Militar-jurista y educador-
José Manuel Marroquín (1900-1904) -Novelista y poeta-
Rafael Reyes (1904-1909) -Empresario, abogado y militar-
Ramón González Valencia (1909-1910) -Militar-
Carlos Eugenio Restrepo (1910-1914) -Empresario, abogado y militar-
José Vicente Concha (1914-1918) -Abogado, escritor y educador-
Marco Fidel Suárez (1918-1921) -Poeta, educador-
Jorge Holguín (1909 y 1921-1922) -Empresario, banquero, militar-
Pedro Nel Ospina (1922-1926) (Militar, empresario, hijo de Mariano Ospina Rodríguez, fundador del partido conservador y tío de Mariano Ospina Pérez)
Miguel Abadía Méndez (1926-1930) (Abogado y poeta- responsable de la masacre de las bananeras)

El general -conservador- Rafael Reyes, fue el encargado de dar continuidad a dicha hegemonía después de la guerra de los mil días. “Elegido” gracias a la abstención liberal y al fraude godó, Reyes llegó a ejercer una dictadura consentida, hasta que abandonó el cargo en 1909.

Los conservadores, contando siempre con el apoyo de los liberales, cumplieron estos más de 40 años de gobierno, siendo en muchos aspectos “progresistas” -se estructuró una economía bancaria y financiera, se dio una especie de apertura hacia el mundo exterior, amplios desarrollos comerciales, impulso de una incipiente industria, construcción de líneas férreas y carretables, fomento de la producción cafetera con la llamada “colonización antioqueña”, que propició la ampliación de las fronteras agrícolas y la creación de nuevas poblaciones y centros urbanos-. Pero estos gobiernos -herederos de la Regeneración- continuarían siendo dinásticos, autoritarios y despóticos.

Por entonces se fijó una historiografía oficial, -Henaó y Arrubla- que sabría ocultar la realidad de la represión militar y de la tiranía espiritual de la Iglesia Católica, tras el manto de un confesionalismo hirsuto y de lacrimosas emociones patrioterías, narradas y cantadas por los gramáticos y poetas, que conformaban la “inteligencia” de la época, y obligatoriamente difundida en todo el sistema educativo.

Los procesos de persecución, criminalización y desmantelamiento de las organizaciones y los movimientos populares, así como los asesinatos selectivos de los dirigentes y líderes sociales, han tenido una espantosa continuidad, por parte de ese contubernio bipartidista, a lo largo de todo el siglo XX y del presente.

Rafael Uribe Uribe, general de los ejércitos liberales derrotados en la guerra de los mil días, fue parlamentario, en representación precisamente de esos sectores radicales y marginales del partido liberal y, como único representante de esa expresión política en la Cámara, gracias a su brillante oratoria, a sus labores periodísticas -fundó en Medellín, junto a don Fidel Cano el diario “El Espectador” en 1887- llegó a tener un gran respaldo popular. El 23 de octubre de 1904 Uribe Uribe ofreció una conferencia en el Teatro Municipal de Bogotá, en la cual abiertamente propuso que, si el partido liberal quería cumplir su auténtica misión política en favor de los sectores populares y no de la oligarquía, debía abreviar en las canteras del socialismo. Uribe Uribe sería atacado a hachazos -por las “*fuerzas oscuras*” de siempre- el 15 de octubre de 1914 y moriría al siguiente día. Este crimen, como tantos otros en la desgarrada historia de los líderes populares en Colombia, permanece en la impunidad, a pesar de las tan “exhaustivas” como teatrales investigaciones.

Ese mismo liberalismo popular, que participó en el gobierno de Reyes, logró, sin embargo, apoyar las nuevas formas organizacionales de acción política del naciente proletariado, de los estudiantes rebeldes, los trabajadores urbanos, la pequeña burguesía expectante y otros actores de una sociedad ya tocada por la modernidad. Ante el sistema tradicional de los partidos políticos, centrados en el caudillismo, las lealtades feudales y las dinastías familiares, irrumpieron estas fuerzas nuevas enfrentadas al absolutismo del Estado Señorial y a la ya cotidiana presencia del imperialismo norteamericano...

Las movilizaciones populares -carentes de una clara formación teórica que les diese fuerza y cohesión- cayeron en la retórica acomodaticia del liberalismo y en la fría ortodoxia de un pequeño y ensimismado partido comunista, fundado en 1930. Mismo año en que el liberal Enrique Olaya Herrera es elegido presidente de Colombia por una “alianza” -otra vez liberal-conservadora denominada “Concentración Nacional”. Con este gobierno bipartidista se inicia lo que se llamaría la “República liberal” que se extendió por 16 años hasta 1946, cuando retornan -sin que nunca su hubieran ido- los conservadores a la dirección del Estado

Entre 1930 y 1946 se cumplieron los gobiernos de la denominada “República Liberal” ... Los presidentes de la República Liberal fueron:

Enrique Olaya Herrera (1930 -1934) Abogado y periodista-

Alfonso López Pumarejo (1934 -1938) y (1942-1945)-Empresario, banquero. Sin título profesional-

Eduardo Santos Montejo (1938 -1942) -Abogado, periodista-

Darío Echandía (Encargado o Designado presidencial entre 1943 y 1944) - Abogado, filósofo e ideólogo-llegó a considerarse marxista-

Alberto Lleras Camargo (1945-1946) -Escritor y periodista-

La llamada “Concentración Nacional” bipartidista, permitió el acceso directo al poder de los sectores avanzados del liberalismo y estructurar unas más modernas formas de dependencia del capital internacional, acorde con los parámetros establecidos por la metrópoli norteamericana para tratar de conjurar la crisis de los años treinta. Además de superar el viejo librecambismo e introducir el intervencionismo de Estado y el llamado Estado del Bienestar keynesiano, que reclamaba dicha crisis del capitalismo, en especial el gobierno de Alfonso López Pumarejo -que se conoció bajo el nombre de “La Revolución en Marcha- estimuló la expansión industrial, configuró un nuevo modelo de crecimiento capitalista y fomentó formas novedosas en las relaciones laborales, introduciendo aspectos fundamentales como la seguridad social, las prestaciones económicas y sociales para los trabajadores, un mayor acceso a la educación, al deporte, a la recreación, etc. Contó con el apoyo de muchos sindicatos, del naciente partido Comunista y otros organismos y movimientos sociales.

A pesar de todo ello, tanto bajo el período de la Hegemonía Conservadora como en el de la República Liberal, se mantuvo inamovible el tradicional método de la violencia política, como fórmula de fortalecimiento del bipartidismo y de bloqueo a los intereses populares. La preservación de todas las instituciones de privilegio en la estructura del Estado, así como “*la vertiginosa propagación de la corrupción en los altos mandos del partido de gobierno, precipitó su desgarramiento interno, la caída del presidente López y la crisis de la república liberal...*”. Lleras Camargo, asciende ya cuando la república liberal estaba muerta. Todo cuanto hace es reconocer que las fronteras ideológicas entre el partido liberal oficial y el partido conservador se habían borrado.

Lo cierto es que la aristocracia latifundista, vigente desde la época hispano-colonial, ese abundante generalato surgido de las guerras; así como el funcionariado corrupto que ascendió en torno a los caciques, gamonales y militares regionales, enriquecidos con las guerras, con omisión de las supuestas diferencias, siguieron conservando la hegemonía señorial bipartidista, a pesar de la vinculación del país a los circuitos del mercado mundial y de los precarios procesos de industrialización y urbanización emprendidos durante estos períodos,

Entre tanto las fuerzas populares se irían aglutinando en torno de Jorge Eliecer Gaitán, un líder auténtico, surgido de la entraña popular, políticamente estructurado y éticamente desligado de toda esa fauna cobijada bajo la bandera “liberal”.

“Hay quienes creen que Gaitán fue una pasión disparada al azar, sin destino y sin rumbo. O que fue la encarnación simple del instinto rebelde de un pueblo que ha ido buscando a tientas su revolución, aplazada desde la época heroica de las Guerras Libertadoras. O que fue la creación fortuita, circunstancial, episódica de esa asoladora crisis que descuajó el sistema tradicional de vida que produjo el desplome del falso andamiaje republicano -Estado sin bases populares estables, sin libertades, sin derechos humanos- y naufragio de los valores que habían mantenido la escayola liberal y democrática de nuestra república. O que fue una nueva y poderosa manifestación del antiguo fenómeno del caudillismo, por medio del cual una voluntad absorbe y suplanta el pensamiento y la voluntad de un pueblo, perpetuando su servidumbre intelectual y política. O que fue el más afortunado y lúcido demagogo de los nuevos tiempos, alinderados entre dos guerras universales, dos grandes crisis y un ciclo completo de historia colombiana: el de apogeo y crisis de la República Liberal. El análisis de la filosofía social de Gaitán -que alentó su pensamiento y sus luchas, sus programas y sus sentencias políticas- nos muestran objetivamente dos cosas: la primera que el desarrollo del pensamiento gaitanista describe una exacta parábola, cuya unidad no se rompe por el hecho de aplicar diversas tácticas a diversas situaciones y contextos políticos; la segunda que Gaitán no era una pasión desbordada y errática, sino una voluntad puesta al servicio de un pensamiento socialista y de un anhelo popular de transformaciones auténticamente revolucionarias. Gaitán no sólo quería, sino sabía qué quería...”

Antonio García.

Gaitán: apogeo y crisis de la república liberal

-Gaitán, producto de su pueblo-

Ediciones Tercer Mundo Bogotá-1983

Las fuerzas bipartidistas contrarrevolucionarias, las élites burguesas, el clero, los militares y los terratenientes, habían encontrado en Laureano Gómez el más preparado, agresivo e inescrupuloso caudillo, que se propuso contrarrestar el levantamiento popular y el auge de las ideas socialistas, siguiendo los planteamientos de José Antonio Primo de Rivera, el creador del movimiento político-militar ultraderechista de la Falange española, y que fuera condenado a muerte durante la República. La figura de este sujeto sería idealizada por el “Generalísimo” Francisco Franco, quien impusiera su gobierno militar, dictatorial, confesional católico, nacionalista y fascista, desde la Guerra Civil -1936-1939- que sufrió España.

La derecha colombiana, encabezada por Laureano Gómez -y sus comilitones, como el grupo de los “Leopardos”- se declaró inspirada por las doctrinas de la Falange, en especial por el llamado a “la acción directa” que pregonaba. Así mismo Hitler y Mussolini fueron considerados héroes dignos de encomio y de imitación, como abiertamente se expresaba en los órganos de prensa conservadores como el diario “El Siglo”, fundado en 1936 por Laureano Gómez y José de la Vega.

La convocatoria, desde las páginas de éste diario, otros medios de comunicación y desde los púlpitos y las cátedras, a la población en general -mayoritariamente subordinada y comprometida tradicionalmente con las directrices y mandatos fijados por los jerarcas de la Iglesia católica, por los terratenientes, los caciques, los gamonales y los politiqueros- se hacía como si se tratase de una “santa cruzada”, contra “*la conspiración judeo-masónica y comunista mundial, la cual quería acabar con la fe y la moral católica*”. Se les decía que el liberalismo y el comunismo -los bolcheviques- querían imponer una Constitución atea, como en la España republicana o en la Unión Soviética. A partir de estas premisas, es fácil colegir cómo se fue formando y consolidando esa mentalidad cristiano-fascista que impera en la derecha colombiana y, particularmente, entre la jerarquía de la Iglesia católica, el generalato y gran parte de la burocracia estatal.

En este caldo de cultivo, se fue dando un nuevo esquema de “modernización” capitalista que, incorporando una enorme concentración de poder en esos grupos hegemónicos y basándose en una violencia estructural, llevarían a la presidencia al conservador Mariano Ospina Pérez para el período 1946-1950. El partido conservador se impuso con un 42% de los votos -565.849 obtuvo Ospina Pérez, frente al liberalismo dividido en un ala “moderada” orientada por Carlos Lleras

Restrepo y Darío Echandía que tuvieron como candidato a Gabriel Turbay que alcanzó 441.199 votos y el ala popular y radical, con Jorge Eliecer Gaitán que obtuvo 338.957 votos- Ese partido conservador, minoritario, se aplicó entonces, a sustituir la república liberal, por un sistema absolutista y totalitario, a semejanza de las fuerzas nazi-fascistas derrotadas. *“Por una paradoja frecuente en la historia, las fuerzas victoriosas dentro del país eran, exactamente las mismas que habían sido derrotadas política y militarmente en Alemania, Italia y Japón”.*

Dicha sustitución se cumpliría mediante el empleo sistemático de la violencia institucional, primero de carácter disuasivo con Mariano Ospina, y luego con la violencia de aniquilamiento y exterminio bajo el gobierno franquista de Laureano Gómez. Se dio una total ilegalización de las fuerzas de oposición y la criminalización de la protesta ciudadana. Simultáneamente con el reforzamiento de los aparatos represivos, militares y de policía, el régimen falangista instaurado, se ocupó de reclutar los nuevos policías entre los campesinos conservadores analfabetas, subordinados y subrogados totalmente a los caciques y gamonales regionales, en especial de la vereda Chulavita del municipio de Boavita en el norte del departamento de Boyacá. Estos engañados labriegos, de la *“Policía Chulavita”* operarían en todo el país, como grupos paramilitares encargados del exterminio de los odiados guerrilleros liberales -que eran llamados cachiporros o collarejos- así como a socialistas, comunistas y ateos, señalados por la Santa Madre Iglesia y por el gobierno, como enemigos redomados del gobierno, de la democracia, de la moral y de la fe cristiana.

El 9 de abril de 1948, de nuevo, operarían la “fuerzas oscuras” ligadas al establecimiento, con el asesinato del líder popular Jorge Eliecer Gaitán. Crimen que provocaría el levantamiento popular más grande que ha conocido la historia de Colombia, conocido como “El Bogotazo”. Este homicidio, a todas luces oficial, luego de 74 años, se mantiene aún en la más terrible impunidad, a pesar de las consabidas “exhaustivas investigaciones”.

“Para el pueblo, el responsable del asesinato del caudillo era el gobierno conservador; para éste lo era el comunismo internacional, ese fantasma que la Novena Conferencia Panamericana se proponía expulsar de todo el continente... Tanto el presidente de la república como el general George Marshall, jefe de la delegación estadounidense a la conferencia, acusaron al

comunismo... y la Iglesia, uniéndose a esta acusación decretó la excomunión... La Iglesia, además, por la voz del célebre monseñor Miguel Ángel Builes, acusaba al partido liberal de haberse disfrazado de comunista... Más tarde el 29 de junio, el presidente Ospina rendía homenaje al sagrado corazón de Jesús en la catedral de Bogotá... declaró el estado de sitio y rompió relaciones con la Unión Soviética...” (Cfr. Rojas y la manipulación del poder. Urán Carlos H. Carlos Valencia Editores 1983.).

Este y otros crímenes indudablemente organizados desde el propio Estado, desde los resquicios de un poder, concentrado inicialmente en el patriciado latifundista, godo y sectario y ahora en las “modernas” estructuras mafiosas y narcoterroristas, que han impuesto la transmisión dinástica de los gobiernos entre sus grandes familias y los avezados y oportunistas funcionarios y contratistas, con sus mecanismos de lealtades y obligaciones serviles, con la repartija burocrática del Estado, con el compadrazgo, el gamonalismo y sus clientelas, que han tenido continuidad, de manera anacrónica, manteniendo una falsa cohesión social y esa falsa democracia que, desvergonzadamente se presenta, con orgullo, como la más antigua y consistente de toda la América Latina.

Después sería más de lo mismo. Carlos Horacio Urán, el magistrado torturado y asesinado por las “gloriosas” fuerzas militares, luego de la vesánica retoma del Palacio de Justicia en el año de 1985, nos lo precisa en su obra ya citada, *Rojas y la manipulación del poder*: “*Las fuerzas armadas habían sido siempre manipuladas por el partido que ejerciera el poder, para golpear al partido contrario, es decir, constituían una especie de policía política al servicio de un partido, pero el 9 de abril se transformó en un ejército al servicio de las clases dominantes en su totalidad, independientemente de los matices partidistas.*”

El 9 de noviembre de 1949 Ospina Pérez da un golpe de estado desde la presidencia: declara el estado de sitio, disuelve el Congreso y toda la rama legislativa del país, modifica la Corte Suprema e impone la censura sobre todos los medios de comunicación. El 27 de noviembre se realizaron las elecciones “democráticas”, con Laureano Gómez como único candidato, quien evidentemente resulta “elegido”. Algunos sectores populares del partido liberal deciden optar por la lucha armada. Esta Guerrilla liberal se concentrará principalmente en los Llanos

Orientales. El partido Comunista organiza también sus autodefensas campesinas.

En abril de 1951 Laureano Gómez reorganiza las fuerzas militares, inspirado, por supuesto en el falangismo y el fascismo. Asimismo, enviaría un contingente de más de 5.000 soldados a Corea, bajo la tutela del gobierno imperialista de los Estados Unidos, porque ese era el lugar, como decía Laureano, *“donde la humanidad vigila para que nuestra bien amada civilización no perezca”* (Cfr. Revista Javeriana t 35. Bogotá, 1951).

Las intenciones de Mariano Ospina y de Laureano Gómez eran ganar la mayor lealtad de las fuerzas armadas, por ello no es de extrañar la vertiginosa promoción de Gustavo Rojas Pinilla, quien es nombrado en 1951 comandante en jefe de las fuerzas armadas de Colombia y condecorado por el gobierno norteamericano por su participación en la guerra de Corea. Ese prestigioso militar fue quien, en 1953, con la anuencia de los jefes del bipartidismo tradicional, depuso a Laureano Gómez al regresar éste de un retiro transitorio por enfermedad. Sería un “golpe de opinión”, más que un cuartelazo o un golpe de Estado, al decir del liberal “moderado” Darío Echandía.

El “Excelentísimo Brigadier General” Gustavo Rojas Pinilla -Gurropin- y su gobierno militar, sería ampliamente aceptado por las directivas bipartidistas, por el patriciado latifundista, la jerarquía eclesiástica, la lumpen burguesía y el empresariado, porque esperaban de él una mano dura -provisional y pasajera- que lograra desarticular la subversión, desmontar y desmovilizar a las guerrillas, en fin, pacificar el país y alcanzar la conciliación de clases. De hecho, el 13 de septiembre de 1953 el comandante de las guerrillas liberales de los Llanos, Guadalupe Salcedo Unda, se entregó con sus armas y sus hombres al general Alfredo Duarte Blum, tras aceptar las falsas promesas gubernamentales (Guadalupe Salcedo ya desmovilizado, sería asesinado -por las etéreas fuerzas oscuras tan asiduas en Colombia- en el año de 1957, bajo el “Pacifista” gobierno de la Junta Militar (1957-1958) que sucedió al de Rojas Pinilla). En cumplimiento de su tarea de “pacificación”, Rojas se rodeó de eficientes ayudantes como León María Lozano -El Condor- jefe de los “pájaros” en Tuluá -Valle del Cauca- quien mandó a matar selectivamente a cerca de 5.000 liberales y opositores de los gobiernos

de Ospina, Gómez y Rojas Pinilla. Este conservador y ultracatólico personaje, sería condecorado por Rojas Pinilla con la Cruz de Boyacá.

Rojas, desbordando los criterios de transitoriedad con que lo habían establecido las élites del bipartidismo, empezó a independizarse, en primer término, buscando lo que llamo “el binomio pueblo-fuerzas militares” y, luego, creando el 9 de enero de 1955, un "tercer partido" que denominó "Movimiento de Acción Nacional" -MAN-, que se proponía aglutinar todos los partidos, clases sociales y en general a “todos los colombianos de buena voluntad”. La jerarquía católica señaló que ese organismo político era contrario a la doctrina cristiana y ante esa presión, astutamente difundida entre las masas, los promotores del “tercer partido” se vieron obligados a desmontarlo. El gobierno militar se fue debilitando frente a la habilidad mostrada por esas mismas élites que lo habían montado:

“El golpe final fue una justa expresión del grado de cohesión política y de capacidad de maniobra a que había llegado la élite del poder, dentro de las corporaciones económicas y dentro de los partidos: ya no estaban solos López Pumarejo y Ospina -sus líderes más perspicaces- quienes desde 1944 habían expuesto la doctrina de la identificación ideológica de los dos partidos y de la necesidad de articular un nuevo sistema de hegemonía compartida”.

Antonio García.

Colombia medio siglo de historia contemporánea. En América Latina: Historia de medio siglo. Siglo XXI Editores. México 1977. Página 208

Rojas sería derrocado gracias al paro patronal organizado por la lumpenburguesía empresarial, el generalato que ambicionaba mayor participación en las repartijas, la reaccionaria jerarquía eclesiástica, las clases medias, mediáticamente direccionadas, y un movimiento estudiantil también manipulado por la liberaloide retórica del “*regreso a la normalidad constitucional*”. El 10 de mayo de 1957 Rojas se retira del poder, dándose así el inicio del descarado y cínico condominio bipartidista del poder llamado “El frente nacional” que soportó Colombia por 16 años, entre 1958 y 1974, y que dejó su impronta de violencia, cleptocracia y corrupción para el quehacer político ulterior en un país marcado, desde sus orígenes como lo hemos dicho, por el régimen señorial establecido por la colonización hispánica.

Los gobernantes de esta mascarada bipartidista del Frente Nacional fueron:

Alberto Lleras Camargo (1958-1962): “Liberal”, periodista, diplomático. Acucioso representante, publicista y defensor del imperialismo norteamericano; permitió precisamente la injerencia imperialista en nuestro territorio, facilitando el fortalecimiento de la hegemonía de los Estados Unidos en la América Latina y ayudando en la instalación de la nominada “Alianza para el progreso” y de otros mecanismos y actividades anticomunistas que elaboradas por los gringos durante la “guerra fría”.

Guillermo León Valencia (1962-1966): “Conservador”, periodista. Epónimo representante de esa aristocracia feudal, esclavista, reaccionaria, cristiana, asentada en el Cauca. Hijo del insigne poeta Guillermo Valencia. Además de dedicarse al consumo alcohólico y a la cacería de patos, en su gobierno se fortalecieron los lazos de dependencia política y militar estadounidense. Bajo su gobierno surgieron guerrillas como las FARC y el ELN. Como estrategia contrainsurgente norteamericana en nuestro país Valencia llevó a cabo la fracasada operación Marquetalia y el Plan Lasso, contra las autodefensas campesinas, diseñados por los militares gringos como “Doctrina de la seguridad nacional”, difundida a nivel continental, desde la naciente OEA, organismo de control virreinal del imperio sobre los pueblos de la América mestiza.

Carlos Lleras Restrepo (1966-1970): “Liberal”, abogado y periodista. Primo de Alberto Lleras y abuelo del actual figurón Germán Vargas Lleras. Su gobierno garantizó la estabilidad económica, en medio del incremento del conflicto armado interno y, en general, de la violencia institucionalizada. Es el responsable del fraude electoral que impuso en la presidencia de la República a Misael Pastrana Borrero, el candidato oficial del Frente Nacional, que se enfrentaba a Belisario Betancur, disidente conservador, y a Gustavo Rojas Pinilla, quien, a nombre de su partido, la Alianza Nacional popular - ANAPO- efectivamente ganó las elecciones que fueron arteramente burladas desde el gobierno, el 19 de abril de 1970. Lleras dio la orden de suspender la transmisión radial y televisada del conteo de votos e impuso el toque de queda para suprimir violentamente las manifestaciones populares. Como consecuencia de esta tramoya bipartidista e institucional, en el año de 1974 se crearía el Movimiento guerrillero M19.

Misael pastrana Borrero (1970-1974): “Conservador”, abogado. Obediente seguidor de Mariano Ospina y Laureano Gómez. Fue un fervoroso católico jesuítico, con delirantes y aristocráticas pretensiones de pertenecer a la vieja nobleza española. Se puede afirmar que el suyo fue un cuatrenio insustancial e inútil ya que no represento nada positivo para la sociedad

colombiana en su conjunto. Apoyó, al final de su opaco mandato, a su también inútil hijo para que ocupara la alcaldía de Bogotá.

La politiquería colombiana, heredera del régimen hispano-colonial, preserva una especie de derechos de sangre o delfinato: los conspicuos personajes que ascienden al poder, legan a sus hijos y parientes las ventajas y los cargos que han usufructuado. Así los hijos de Alfonso López Pumarejo y de Laureano Gómez Castro, Alfonso y Álvaro, a pesar de la identificación ideológica de los dos partidos que decían representar, en 1974, teatralmente “compitieron” por la presidencia. No sólo ellos: El hijo de Misael Pastrana Borrero, Andrés, ocuparía también la presidencia entre 1998 y el 2002. En Colombia no solo se padece el tradicional poder de unas oligarquías, herederas del régimen señorial y hacendatario hispano-colonial, con rancias familias dinásticas, hegemónicas de gamonales, militares, industriales, mercachifles, negociantes y otros poderosos especuladores y traficantes, establecidas como en una monarquía, con sus genealogías y delfines, que mantienen la reiteración impopular de sus apellidos en el gobierno, -por ejemplo la familia Ospina ha aportado tres presidentes: Mariano Ospina Rodríguez, Pedro Nel Ospina y Mariano Ospina Pérez y sus descendientes continúan ahí, “compitiendo”-. Así mismo los Lleras, los Valencia, los López... Peor aún, recientemente, se incorpora a esta desdicha nacional, la estructuración de un Estado mafioso del que tenemos que aguantar el criminal poder de los recién llegados narcotraficantes, paramilitares y hasta sicarios, (presentados mediáticamente como héroes nacionales) con sus vástagos y familiares, cebados ya no sólo en el despojo, las expropiaciones y el robo, sino en el abusivo manejo del erario. Así se han encumbrado personajes "juveniles" inmersos muy tempranamente en la cleptocracia, muchas veces legada y otras simplemente ligada, al manejo del poder del Estado.

Son muchos los apellidos de los continuadores, sucesores o herederos de este manejo criminal, y son reconocidos, independientemente de los pretendidos colores políticos o politiqueros que dicen representar: Ospina, López, Valencia, Turbay, Santos, Gaviria, Galán, Uribe, Moreno Rojas, Vargas Lleras... Bueno, la lista es larga...

Pastrana entregó el poder en 1974 a Alfonso López Michelsen -hijo de Alfonso López Pumarejo- y quien había establecido, como habilidosa maniobra electorera, una disidencia táctica liberal, ostentadamente

denominada -Movimiento Revolucionario Liberal -MRL- que no tenía nada de “Revolucionario” y sí mucho de la mendacidad y el acomodamiento liberal.

La República Señorial, heredada de la colonia y los procesos “*independentistas*”, impuso la llamada “hegemonía conservadora” que dio como resultado el oneroso retorno al régimen colonial, luego se contemplaría tanto el apogeo como la derrota de la República Liberal, y el fortalecimiento de los procesos de contrarrevolución preventiva, realizados por el patriciado latifundista godo y por la nueva lumpen burguesía empresarial que, de común acuerdo y mediante la conformación de esa “*hegemonía compartida*” o comodato, entre los dos partidos tradicionales, despedazaron y se distribuyeron el país a sangre y fuego, logrando, eficazmente, imposibilitar las luchas populares y crear organizaciones distractivas - en realidad empresas electoreras- que apoyan e impulsan las formas absolutistas de gobierno y las nuevas ‘clases emergentes’ mediante una permanente violencia disuasiva y de aniquilamiento, sobre los balbuceantes organismos sindicales, políticos y culturales de los sectores populares, impidiendo todo asomo de reforma y cambio.

Lo hemos dicho, -cfr. Julio César Carrión. Semanario Caja de herramientas: *El “Nuevo Liberalismo”*: una vergonzosa disidencia táctica. Edición 742 -agosto de 2021-:

“Con esas presuntas “alternativas” que en realidad son “disidencias tácticas” ofrecidas por los mismos grupos hegemónicos (como se dio con el tramposo MRL de López Michelsen, con la inicial ANAPO y, luego, con las piruetas del llamado Nuevo Liberalismo, que finalmente se mostró abiertamente turbayista), ha logrado la corrupta oligarquía y las mafias gubernamentales, defender las premisas y fundamentos políticos, éticos y morales de la “institucionalidad” y, de contera, la cooptación y reinscripción de los rebeldes e inconformes, transformando esa inconformidad de los sectores populares, en una simple adaptación sumisa a las “reglas del juego”, es decir, en una resignación electorera, que no cesa de ser reutilizada, ya sea, como hemos dicho, creando nuevos “partidos políticos” de reciente constitución como el denominado Cambio Radical, el Partido de la U, el Centro Democrático, el Partido Verde y tantos otros que están ahí únicamente para participar, de forma abierta y logrera, en la repartija del fisco, del erario y en la adjudicación de contratos con los distintos organelos del Estado. Esa disputa por alcanzar las ventajas del poder corrupto incluye, como lo estamos viendo, el retorno, la reincorporación, la resurrección de

esas ya viejas disidencias tácticas, como pretenden hacerlo ahora, exhumando el cadáver del decrepito, ruinoso y decadente Nuevo liberalismo.”

Se trata, también, del cascarón del “partido liberal” oficial, macilento y acomodado; ese partido que arruinaron y vaciaron de contenido y de ideas Turbay Ayala, Virgilio Barco, César Gaviria, Ernesto Samper y Juan Manuel Santos, ocupando la presidencia y cuyos contubernios desbordaron el enredo tradicional de corrupción y cleptocracia, con las castas señoriales, el clero envilecido, los militares abyectos, bandoleros, chulavitas, pájaros y sicarios, sino que ahora es con las mafias del narcotráfico y con el paramilitarismo, incrustadas en el cotidiano quehacer político y, por supuesto, en el Parlamento -basta recordar que uno de los principales cabecillas de las autodefensas, Salvatore Mancuso, reconoció que el 35 por ciento de los congresistas tenían vínculos con el paramilitarismo-. La Corporación Nuevo Arco Iris certificó que, para el año 2006, de los 102 senadores electos, 34 fueron investigados por vínculos con el narcoparamilitarismo, así como 25 de los 169 representantes a la Cámara, todos ellos de los partidos tradicionales y de las empresas electoreras concomitantes.

Ese partido liberal es hoy un muerto viviente, un zombi que, desde los negociados bipartidistas del Frente Nacional, trata de cobrar vida y deambula en todos los procesos electoreros, pidiendo “mermelada” y acomodando sus fichas. Partido liberal profundamente infectado que está en manos hoy del inefable César Gaviria Trujillo, un espurio y fraudulento “líder”, dispuesto a realizar todas las maromas, triquiñuelas y negociaciones que le permitan mantenerse, él y sus hijos, en el corrompido cotarro de la politiquería, bajo las banderas de ese desacreditado partido, pidiendo teatralmente respeto y sosteniendo el falso discursito de la *dignidad* y la defensa del “orden establecido”. Ese fantasma electorero pertenece al grupo de “bellacos” que señala Slavoj Žižek al decir: *“Los bellacos liberales conformistas pueden encontrar una satisfacción hipócrita en su defensa del orden existente: saben que hay corrupción, explotación y todo lo que se quiera; pero cualquier intento de cambiar las cosas se denuncia como éticamente peligroso, e inaceptable, como una resurrección del fantasma del totalitarismo”*.

En búsqueda de alternativas a toda esta decadencia y descomposición, irrumpen hoy un remozado movimiento popular -*El Pacto Histórico*- con la opción de llevar a la presidencia a un auténtico representante de los

sectores populares y que tiene el desafío de escarbar, y encontrar, más allá de las corruptas élites del ya gastado régimen señorial, las bases integrales y honestas, que aún perviven del partido de Murillo Toro, Benjamín Herrera, Uribe Uribe, de Gaitán, de los guerrilleros del llano y de Gerardo Molina, esos grupos y movimientos, de rebeldes e inconformes, interesados en revivir el auténtico pensamiento liberal de carácter popular, esquivando la cloaca de sus directivos...

JULIO CÉSAR CARRIÓN CASTRO